

JULIO ARBOLEDA Y LA POESIA EPICA

Escribe: JAVIER ARANGO FERRER

El libro fundamental para captar la personalidad de don Julio Arboleda es el de *Poesías* enriquecido por la pluma de don Miguel Antonio Caro con dos prólogos, y editado por D. Appleton (Nueva York, 1883). El primero es la visión política de nuestro siglo XIX a partir de 1830), año en que murieron Bolívar en Santa Marta y Sucre asesinado en Berruecos. El señor Caro historía allí las guerras civiles que sonrojaron y enrojecieron a Colombia desde 1840 hasta 1862, año en que Arboleda fue a su turno asesinado como Sucre en la montaña de Berruecos, según él mismo lo había previsto de tiempo atrás por una misteriosa premonición de su destino. En esas páginas, vistas posiblemente desde un ángulo político determinado, la figura central es don Julio Arboleda como guerrero, político y orador parlamentario, dotado de los más eficaces y exquisitos dones de la elocuencia, y del *esprit* para convencer a sus contrincantes y confundir a sus enemigos.

El segundo prólogo se refiere exclusivamente a *Gonzalo de Oyón* poema basado en la primera historia de Popayán durante la Conquista. Terminado el libro el lector considera a don Julio más digno de la historia como hombre de pensamiento y mártir de la política que como poeta. En todo esto hay dos novelas: una histórica, la del autor nacido en Timbiquí (1817) cuando sus padres huían, según parece de los españoles, y otra de aventuras: la de su poema. Después de trabajar con moroso deleite durante diez años, hasta ajustar veinticuatro cantos, gran parte del poema fue robado en Caloto hacia 1851. Reconstruido y robado en varias ocasiones, del poema solo se conserva lo publicado en 1858 y lo inédito que llegó a manos de don Miguel Antonio Caro quien después de la cirugía cosmética indicada logró publicar el poema en catorce cuadros, con las fallas inevitables en tan dramático proceso.

En la historia novelada, sin épica grande, dos hombres, Gonzalo de Oyón y Fernando Belalcázar luchan por el amor de Pubenza, hija del cacique. La princesa, enamorada de Oyón, e intimidada por Fernando, se rinde a éste para salvar la vida de su padre, dejando el poema desguarnecido de tema amoroso central. El lío histórico y político reside en los dos hermanos Oyón. Alvaro, rebelde pizarrista, vino del Perú para apoderarse de Popayán y extender sus ambiciosos dominios por Quito y Lima. Pero encontró en Gonzalo de Oyón, su hermano, fiel a España, el

obstáculo invencible de sus traiciones. Castellanos narra estos hechos en sus *Elegías* no sin dibujar el retrato del traidor cuando dice: "Hombre más que mediano, bien fornido, / Y no de entendimiento delicado, / Pues aunque fijodalgo conocido, / Bronco me pareció y avillanado. / Andaba del demonio revestido, / El rostro torvo "melancolizado". Al bronco don Alvaro lo describe Arboleda en prolijas octavas reales no siempre inspiradas en las "*Elegías*" de don Juan. El retrato físico lo pintó con variaciones: "Es su estatura la de trunco roble / Que, entre altos olmos, sobre su ancho asiento, / Burla robusto, silencioso, inmoble, / Del huracán el ímpetu violento: / Boca de león, y la imponente y noble / Voz del rey de las selvas en su acento: / De águila el ojo, la actitud serena: / Híspida barba, y recia la melena".

Alvaro de Oyón fracasa en sus proyectos y al fin arrepentido, ante el espectro de su madre, cancela los ilusorios sueños de gloria. Total, la gesta guerrera desapareció como la amorosa, y de la obra se esfumó el poema heroico por falta de temas centrales, sostenidos a lo largo del relato. Pubenza no tiene en Arboleda los perfiles heroicos de Ingermina en la novela de Juan José Nieto. Mejor psicologada, hubiera defendido su amor por don Gonzalo, contra las celadas de Belalcázar, como defendió la princesa de Kalamar contra Vadillo, —a punta de discursos y de puñal— su amor por don Alonso. Así lo pinta Arboleda:

*Dulce como la parda cervatilla,
Que el cuello tiende entre el nativo helecho,
Y a la vista del can, yace en accecho,
Con sus ojos de púdico temor;
Pura como la cándida paloma
Que de la fuente límpida al murmullo,
Oye, al beber, el inocente arrullo,
Primer anuncio de ignorado amor.*

Este es el acento típicamente romántico del siglo pasado, el mismo de Gutiérrez González en los versos amorosos y de todos los que, con algún sentido, se dieron al cultivo de la poesía. El estilo está seguramente en los finales agudos, en el frecuente ritmo sáfico de los endecasílabos, y en algo inefable del sentimiento. Tampoco don Gonzalo, tal como lo pinta Arboleda, demasiado joven, tenía los arrestos del macho, corrido en faldas, para no dejarse quitar la mujer, aunque fuera hombre de vencer al hermano como un gran espadachín.

*Bozo süave le esmaltaba apenas,
Cual leve sombra el labio delicado,
Y en el rostro infantil ya era el soldado,
El consejero, el héroe, el capitán...*

Los rescoldos del viejo amor se inflamaron cuando Gonzalo y Pubenza comenzaron a recuperar el tiempo perdido. Pero aquí tampoco logró reconstruirse el poema. Arboleda no supo comunicar a los dos amantes el sabio disimulo inglés que debió aprender en Londres durante ocho años de educación y de buena sociedad. Los dos enamorados se dejaron sorprender por Belalcázar, y allí fue Troya: el hombre enloquecido mató

a los hijos, juzgándolos quizás adulterinos, y desapareció hasta la noche en que Oyón vio su espectro en una pesadilla. La obra de Arboleda no posee la unidad requerida en la épica. Allí el asunto no se enriquece por aglutinación de valores subordinados a un tema central inexistente, sino por yuxtaposición de episodios independientes llegados al poema como a un veraneo.

Entre esos poemas autónomos menciono al azar *La Visión* que ocupa todo el "Cuadro Décimo" de la obra: "Dos mujeres de formas celestiales / Alzanse ante sus ojos fascinados": la una vestida de blanco lleva una antorcha en la mano izquierda y con la derecha le señala el cielo. La otra, "una casta matrona va siguiendo / de aquella virgen la oscilante estela"... / Grave es su traje, su ademán humilde: / mientras camina lágrimas derrama / y de oliva de paz lleva una rama. / Y le sirve de báculo la cruz". Esas dos damas alegóricas, seudoclásicas son la Fe y la Religión que han venido a dialogar, sobre todo lo habido y por haber, con don Gonzalo, para rescatar su alma perdida en el pecado. Por el atuendo recuerdan los cuadros vivos y las comedias que representan en los colegios de monjas. La Fe, erudita en humanidades, le endilga un discurso en alejandrinos sobre Fidias encarcelado en Atenas; Aristides, Sócrates y Milciades padeciendo por el pueblo y castigado por él; Córbulu, Séneca y Tráseas, víctimas de Nerón. Y pasan las civilizaciones que traicionaron a Dios y cantan los coros alabanzas celestiales, mientras descansa la Fe para que hable la Religión en los mismos tonos mayores de su compañera.

El perro de presa en el poema de Alvaro de Oyón el traidor: él mismo se sabe fuera de la ley cuando dice: "Por donde marcha solo la victoria / Me hará admirar: sin ella en mi la historia / Verá en lugar del héroe, un bandolero". Y tenía razón: el mal hombre pactó alianzas con los antropófagos para tomarse el poder: él y sus secuaces alimentaban con cadáveres de inocentes sus diabólicas ambiciones y el odio contra la soberanía. La semejanza con las hordas criminales de estos tiempos no es mera coincidencia: es la historia determinada por una monstruosa biología ancestral. Y es la violencia cuyas causas no han sido discriminadas ante el bandolerismo que mata por robar y especialmente ante el crimen político de los unos y de los otros que convierte a los sobrevivientes en bestias de la venganza.

Gonzalo de Oyón no es un poema heroico pese a las afirmaciones de la crítica en el siglo pasado. Quintana, envanecido por lo que pudo advertir de su influencia en Arboleda, según dice el Padre Ortega, "consideraba su poema como el mejor de la lengua castellana". Por pecados menos graves quemaron herejes en la Inquisición. Nadie duda que Arboleda fue un excelente poeta de su tiempo. En lo descriptivo es a la poesía lo que Jorge Isaacs a la prosa. Pero no hay que perder el sentido de las proporciones como le ocurrió a don Miguel Antonio Caro cuando escribió: "Como poeta épico, o si se quiere narrador en verso, no halló ni conoce rivales entre sus compatriotas el autor de Gonzalo de Oyón" y añade: "es el mejor y propiamente el único trozo de poesía épica que se ha escrito en Nueva Granada en el presente siglo". En cuanto a la

primera parte del juicio el señor Caro ignoró o desestimó el *Poema Heroico de San Ignacio* obra del poeta barroco Hernando Domínguez Camargo, tema hoy predilecto de filólogos nacionales y extranjeros. En cuanto a la segunda afirmación, poco tiempo después de escrita apareció en nuestro panorama la figura de don Enrique Alvarez Bonilla (1848-1913). Si se habla por millares de octavas reales, en temas heroicos, razón tiene el Padre Ortega en considerarlo como el mayor épico de Colombia. *El Macabeo* (Bogotá, 1890) es un poema original en doce cantos y 945 octavas reales. *Santafé Redimida* (Bogotá, 1885) en el mismo metro, llega a 531 estrofas. Tradujo *El Paraíso Perdido* (Bogotá, 1896) en 1.561 octavas reales y la *Jerusalén Libertada* del Tasso. Traductor asimismo de Byron en *Parisina* y de Racine en *Atalía*. Alvarez Bonilla adquiere en nuestro parnaso los perfiles de un héroe mitológico, inexplicable ante quienes somos incapaces de cuadrar una redondilla. Por lo que sabemos de su obra monumental, don Enrique conocía el oficio. Basta para lo demás advertir que fue el sucesor de don Rufino J. Cuervo en la Academia Colombiana de la Lengua: esto vale por todos los ditirambos que pudiera pergeñar en su honor. La crítica en esta obra apenas puede insinuar su tamaño. El aula humanista ignora su categoría. Más vale la semilla en la mano que el árbol en la selva. Las octavas 1ª, 2ª y 4ª de *Santafé Redimida* revelan el buen oído del versificador y la dignidad que exige el tema heroico del poeta:

*Canto la excelsa gloria del guerrero
Que de la servidumbre en que yacía
Alzó con fuerte brazo un mundo entero
Venciendo la ominosa tiranía.
Fue la alta empresa digna de su acero,
Y sangrienta y tenaz fue la porfía:
La lluvia, el hambre, el sol... todo en la tierra
Movió al instante encrudecida guerra.*

*Libertad que en los campos inmortales
De la Grecia fijaste tu áureo asiento,
Arrullada a los cantos celestiales
De los cisnes del dios del pensamiento;
Y más tarde, de inmundas bacanales
Y del sofisma el corruptor aliento
Huyendo, fuiste a refugiarte al Lacio
En los muros de Rómulo y de Tacio.*

*Oye, sagrada Libertad, mi ruego:
Dáme cantar la prodigiosa historia
De tu adalid; enciéndeme en el fuego
Que destelló su carro de victoria.
El Orinoco, en su copioso riego,
Fecundó los laureles de su gloria,
Y el sol de Boyacá ciñó a su frente
Su corona de luz resplandeciente.*